

CERAMICA MAS ALLA DE LA CERAMICA

GRACIELA KARTOFEL

M.A. en Historia del Arte
Crítica de Arte Diario Excelsior,
Ciudad de México D.F.

Una profusión de estilos y una explosión de inventos se aúnan en las obras de Edith Adi. Eso es casi todo lo que podemos y debemos exigir de una artista en una era de conformismo y masificación.

Una obra de arte debe ser auténtica, original, armónica, actual y técnicamente óptima. La obra que nos ocupa es auténtica en los valores creativos acordes con las preocupaciones personales de la autora, para nada con modismos que le sean ajenos. Es original en sus descripciones de personalísimas vivencias y en la síntesis del planteo. La originalidad es una condición imprescindible pero difícil de lograr en un siglo tan rico como el que vivimos, en el cual cada etapa ha sido tan rica que ha llegado a generar contraetapas estilísticas igualmente plenas. Citamos el término armonía como otra condición y con él referimos no debilidades ni concesiones sino el atesorar el tipo de belleza y de fealdad de cada momento en las justas proporciones. Es evidente que Edith Adi ejerce con gran naturalidad el dominio de las diversas técnicas y materiales. La obra de esta artista es actual por el tema evidente y soslayado a la vez; porque resume el siglo y proyecta el presente hacia el futuro con sus testimonios estéticos de ésta que es nuestra actualidad.

Edith Adi trabaja las cortezas sin dejar de lado los interiores, que son los aspectos intelectuales y emotivos con los que procesa sus creaciones. También están las posibilidades pictóricas y gráficas. En éstas últimas es que ha realizado proezas técnico-creativas de suma originalidad. Así las visiones, los recuerdos, las ilusiones aparecen impresas en muchas de sus obras. Superposiciones que se alínean en el carril de los recuerdos, memoriosamente evocados a través de un pensamiento casi mágico, casi técnico.

En ésta su manera de acercamiento a la vida a través de la naturaleza, Edith Adi propone magnitudes simbólicas y realistas. Realistas sí, pero también con insólitas y absurdas ilusiones, como en el caso —nos dice la autora— de los olivos y rocas que irrumpen en floración de rosas o los magmas que interrumpen su fluir en un pequeño vergel.

Si bien sus obras son estáticas, hay ciertas opciones como en las piezas que monta sobre tableros y en las que se sugiere el juego que podría desarrollar el espectador: Desatornillando y reubicando las partes para cambiar el sentido del todo. Se alude en otras a la movilidad, esa movilidad física de transportar, de transmutar.

Esta escultora atesora un cuantioso bagaje cultural que esconde, líricamente envuelto en el caolín con que hace su porcelana, en el barro maleable con que trabaja sus obras de stoneware o alta temperatura. En síntesis digamos que lo que muestra es una poética realidad, dolorosa, humorística, científica, onírica.

Ciudad de México. 1983